

TOLERANCIA | TOLERATION | TOLERÂNCIA

Filosofía iberoamericana y aspectos diversos de la tolerancia
Ibero-American Philosophy and Varied Aspects of Tolerance

Augusto Castro, Victor J. Krebs
Editores/Editors

Capítulo 11

CENTRO
DE ESTUDIOS
FILOSÓFICOS



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Tolerancia: Filosofía iberoamericana y aspectos diversos de la tolerancia
Toleration: Ibero-American Philosophy and Varied Aspects of Tolerance
Augusto Castro, Victor J. Krebs (editores)

© Augusto Castro, Victor J. Krebs, 2012

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Coordinador general de la colección *Tolerancia* / *General Coordinator of the Toleration series*:
Miguel Giusti

Diseño de cubierta e interiores: Gisella Scheuch

Diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: enero de 2012

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-01174

ISBN: 978-9972-42-988-0

Registro del Proyecto Editorial: 11501361200076

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Julio Israel Enríquez Silva | Colegio Stephen Hawking | Ecuador

Juan Montalvo, un paradigma del pensamiento liberal
latinoamericano

Introducción

Juan Montalvo fue un defensor incansable de un país estropeado por dictaduras creadoras de dolor y sufrimiento, honor del Ecuador y paradigma del pensamiento liberal latinoamericano, maestro y artista de la palabra, pensador para el futuro, caballero de la pluma. Él se convirtió en el escritor insigne, lleno de talento, luchador infatigable por fortalecer la libertad, por desterrar la corrupción y combatir las tiranías de su tiempo: a los pésimos gobernantes, al clero corrupto y al militarismo poco ilustrado.

Juan Montalvo Fiallos nació en Ambato el 13 de abril de 1832. Sus padres fueron Marcos Montalvo y doña Josefa Fiallos. Sus estudios primarios los realizó en su ciudad natal. En 1846, su hermano Francisco lo lleva a Quito, donde ingresa en el colegio «San Fernando» y perfecciona los estudios de gramática latina y castellano. En 1848 se matricula en el Seminario Menor «San Luis», y se gradúa en 1851 de Maestro de Filosofía con las más altas calificaciones. En la universidad se matricula en la Facultad de Jurisprudencia, donde permanece dos años; más le apasionan los estudios, los libros de literatura, de historia y filosofía. Durante su vida escribió *Siete tratados*, *Mercurial eclesiástica*, *El antropófago*, *Joya literaria*, *El cosmopolita*, *Páginas desconocidas*, *Las catilinarias*, *Geometría moral*, *El regenerador* y muchos artículos de prensa. Todas estas obras se convirtieron en el instrumento de mayor difusión que tuvo el pensamiento liberal, hasta el punto de transformarse en una doctrina, no solo como propuesta política, sino también como una esperanza de cambio integral del ser humano y su entrono social, orientando su ética y voluntad acorde con las facultades de su inteligencia y los bríos de su espíritu.

Después de sus múltiples destierros, Juan Montalvo muere en París, Francia, el 17 de enero de 1889. Su memoria y sus ideales hacen de Montalvo el hombre de genio y el filósofo de cuerpo entero. Ambos valores lo convierten en una figura nacional, continental y universal. Este ilustre ambateño fue uno de los doce pares del intelecto y la dignidad de nuestra América Latina.

1. El proyecto liberal

Las contradicciones de todo orden del sistema colonial en su última etapa, la presencia cada día mayor de los criollos, el cambio de las mentalidades de la mayoría de los pobladores del país y la conmoción revolucionaria que luego de más de dos

décadas de lucha condujo a la independencia ecuatoriana prepararon el terreno al apareamiento de la doctrina liberal que una incipiente burguesía supo asumirla como expresión de su proyecto histórico.

Los primeros brotes del proyecto liberal se pueden ubicar a finales de la Edad de oro de la Ilustración. Eugenio Espejo, por ejemplo, abogó expresamente en su *Memoria sobre la Corte de Quinas* (1772) por un comercio libre, sin estancos, restricciones, imposiciones y demás trabas que el régimen colonial había levantado; y abogó igualmente, en *Defensa de los curas de Riobamba* (1787), por nuevas formas de relaciones de trabajo que remplacen al trabajo servil y las relaciones feudales que habían sumido al indígena en una situación opresora.

Posteriormente, Mejía, en las Cortes de Cádiz, manejó las bases de un ideario liberal: soberanía popular, representación paritaria de las Provincias de ultramar, libertad de imprenta, comercio, tolerancia religiosa.

Con el primer presidente Ilustrado, Vicente Rocafuerte, los logros fueron muy notorios, al proponerse este superar la orientación y tónica de la tarea independencia o liberal. Rocafuerte contribuyó a señalar una exigencia, que luego retomó el liberalismo en ascenso, al insistir, por ejemplo, en que la ruptura del vínculo político con la metrópoli no era suficiente, pues el sistema colonial aun estaba con vida por medio del régimen social, económico y cultural vigente.

Existe un segundo frente doctrinal que años después, a finales de la consolidación del Estado terrateniente (1760-1790) y el apareamiento del Estado oligárquico (1869-1890), se hizo evidente con incidencia significativa en la evolución de un pre-liberalismo independentista hacia uno verdaderamente liberal y reformista. En el Ecuador de mediados del siglo XIX y en casi todos los países latinoamericanos comenzaron a evidenciarse los efectos de la primera fase de la revolución industrial y de la expansión del sistema capitalista mundial, que a nivel doctrinal se expresó como la conquista de la civilización y el progreso que presionaba a que se superen los males que arrastrábamos de la vida colonial y ya no era posible prorrogarlos más, como condición para alcanzar el nivel de los países «desarrollados», cuyo prestigio era creciente. Pasaron así a ocupar un papel muy importante las ideologías y doctrinas abanderizadas como el «progreso», pese a las limitaciones que hicieron eclosión en los mismos países europeos en explosiones sociales como a pesar de la conformación de nuevas formas de neo-colonialismo que el progreso trajo de inmediato a los países dependientes.

La gran mayoría de representantes del proyecto liberal, liberal católico y aun algunos elementos conservadores, adhirieron con entusiasmo a la nueva «religión» del progreso y fueron en este aspecto hijos de su tiempo.

Los liberales pusieron interés en la modernización del país por medio de líneas férreas, caminos a las principales ciudades, servicio telegráfico, educación técnica

y agrícola, puertos, faros, inversión, comercio exterior, etcétera, y en este sentido, señala Oswaldo Hurtado, fueron «los continuadores del modelo económico concebido por García Moreno y practicado por los progresistas. No es una simple coincidencia que la más grande obra de infraestructura realizada en el país el ferrocarril de Guayaquil a Quito haya sido iniciada por Gabriel García Moreno y concluida por Eloy Alfaro, considerados como los caudillos conservador y liberal por excelencia»¹.

Con la llegada del ideario romántico, el optimismo ilustrado no decayó, sino que tan solo se reformuló. Los románticos destacaron el valor singular de cada pueblo y de cada cultura, valor, que a su criterio, venía dado por el grado de intensidad con que una nación se incorporaba a la corriente progresista de la humanidad, proceso general que cobraba vida a través precisamente de la riqueza o aporte de cada uno de los espíritus nacionales, que en su calidad de entidades vitales nacían, se desarrollaban y decaían hasta morir. «Los románticos vieron el tiempo histórico como un devenir eterno, como un proceso continuo e infinito de formación de las sociedades humanas»².

El desarrollo casi continuo de la industria, las ciencias, el intercambio comercial, etcétera, despertó realmente esperanzas de cambio y progreso en nuestros países. Los ferrocarriles, la luz, los trenes, el mercado mundial y las máquinas se convirtieron en símbolos de porvenir y en los medios requeridos para la construcción de una nueva sociedad, que no terminó por ser más que la calentura utópica de la burguesía europea y de las burguesías dependientes de nuestra América³. Alfaro, haciendo referencia al ferrocarril, que llegó a ser pieza clave de su actuación como presidente, decía: «realización de nuestra obra redentora, base eficaz del desarrollo industrial de algunas provincias andinas del Ecuador»⁴.

En resumen: el resultado final de la reacción contra el ultrismo de Gabriel García Moreno fue una gran cantidad de liberalismos, que iban desde las posiciones de quienes suscribían un liberalismo radical hasta quienes adoptaron el nombre de liberales en cuanto contraposición al absolutismo Garciano. El ideólogo más destacado fue el escritor Juan Montalvo⁵.

2. El ideario liberal de Juan Montalvo

La realidad histórica inmediata al asesinato de García Moreno, los desarrollos logrados por la doctrina ilustrada y romántica sobre el progreso y sobre lo que

¹ HURTADO, Oswaldo. *El poder en el Ecuador*. Quito: PUCE, 1977, p. 84.

² AGOGLIA, Rodolfo. *Pensamiento romántico ecuatoriano*. Quito: Banco Central del Ecuador, 1980, p. 24.

³ Cf. ROIG, Arturo Andrés. *El pensamiento social de Montalvo*. Quito: Tercer Mundo, 1984, pp. 55ss.

⁴ Citado por Malcon DEAS en su estudio introductorio de Eloy ALFARO «Narraciones históricas». Quito: Biblioteca de Historia Ecuatoriana, 1983, pp. 51 y 410.

⁵ *Ib.*, p. 169.

hemos llamado como ideario pre-liberal, fueron los antecedentes que recogió el liberalismo emergente, los mismos que una vez estructurados, fundamentalmente por obra de Juan Montalvo, elevaron el ideario al grado de una doctrina lo suficientemente desarrollada como para enfrentar y alimentar los cambios que se avecinaban.

Como afirmaba Montalvo, «el liberalismo consiste en la Ilustración, el progreso humano y por aquí en las virtudes, ni puede haberlas en medio de la ignorancia y el estancamiento de las ideas. Aguas que no mueven se corrompen. Los conservadores beben en el Mar Muerto [...] El ferrocarril, el telégrafo, la navegación por vapor son liberales [...] Los conservadores hasta ahora tienen el ferrocarril por invento del demonio, y lo que es peor de los demonios. Su religión es no salir del círculo en donde alcanzan a oler sus narices. Paréceles que un buen cristiano, cristiano viejo, no puede, sin mostrarse antipapista y heresiarca, subir a bordo de un buque de vapor [...] Fulton, Samuel Morse, Sirus Feld, todo lo que se mueve, discurre, imagina, crea, da vida y poder al mundo, corriendo en un frenesí bienhechor, impelido por el espíritu de perfectibilidad humana, todos son liberales. El liberalismo anda soplando por el mundo en forma de viento fresco y oloroso: de cuando en cuando cobra proporciones de huracán y se precipita sobre los pueblos echando por tierra furiosamente los alcázares del fanatismo y la tiranía»⁶.

Progreso-liberalismo-civilización, terminaron así por ofrecer a la nación un esquema integral de organización y resolución de los más inquietantes y variados problemas, optimismo que salía ya de los límites de la utopía y en cuanto tal pasó a convertirse como un objeto terminal u horizonte último al cual debía acceder el Ecuador; especie de «utopismo constitucionalista», «discurso escatológico» de rasgo secular y ya no milenarista⁷.

La doctrina liberal, parte esencial de la civilización, incluyó dentro de sí la defensa de todas las libertades, de todas las virtudes y de todos los principios; más allá de sus dominios dibujó un cuadro en el que no había más que las tinieblas y el retroceso. En palabras de Cevallos García: «Los del primer mundo bautizaron de progreso a las actividades que desplegaban, y de fanatismo a la línea de conducta de otros. Estos a su vez llevaban a lo suyo sana doctrina, tildando de herejes a los del frente. No hubo término medio»⁸.

Esta línea de progreso apoyado en una fuerte crítica anticlerical y anticonservadora, exigía para su realización, a criterio de Montalvo, el robustecimiento de las virtudes humanas y de los valores morales. El país debía fundamentarse en las virtudes de los ciudadanos, tanto de los individuos como del pueblo en general. Se apeló a

⁶ DEAS, Malcon, ob. cit., pp. 20-21.

⁷ Cf. ROIG, Arturo A. *Pensamiento utópico ecuatoriano*. Quito: Banco Central del Ecuador/CEN (obra en preparación). Estudio introductorio.

⁸ CEVALLOS GARCÍA, Gabriel. *Evocaciones*. Cuenca: Publicaciones Municipales, 1977, p. 158.

las virtudes, pero laicas, si no como condición suficiente, al menos como necesaria para la concreción histórica del progreso.

El laicismo comenzó a invadir el mundo de los valores y orientaciones fundamentales de la educación, que tradicionalmente habían sido coto cerrado de la Iglesia. La meta fue formular una nueva concepción del mundo y de la vida, una nueva fundamentación de la moral y la ética, una inédita visión de la dignidad humana. Fue tarea en la que hubo que dejar viejos esquemas y estructurar un discurso bajo parámetros hasta entonces desconocidos, y fue finalmente más difícil generar un consenso lo suficientemente hegemónico como para levantar una fuerza capaz de incidir en las huestes protagonistas de la acción política, que pocos años más tarde se lanzaron a la toma del poder.

Los siete tratados: *De la nobleza, De la belleza, Del genio, De la moral y de la tolerancia, Del juramento, Sobre el amor y Sobre la virtud*, al igual que la *Geometría moral*—considerada como el tratado octavo— y una serie de artículos editados en *El Cosmopolita*, en la *Mercurial Eclesiástica*, *El Espectador*, *El Buscapiés*, etcétera, se convirtieron en el medio más eficaz que tuvo el liberalismo para abrir una problemática nueva y consolidar a lo largo y ancho del país la nueva cosmovisión. Aquí radica uno de los notables méritos de Juan Montalvo y quizá el de mayor trascendencia, el haber llevado al liberalismo a constituirse en un cuerpo doctrinario, en una interpretación global de la realidad y, a su vez, en una alternativa frente a los tradicionales modelos de legitimación y fundamentación de la totalidad de la realidad.

La obra montalvina constituye, por lo tanto, el trabajo sistemático más serio y amplio que se ha dado en Ecuador, aun hasta hoy, por establecer una nueva cosmovisión, una nueva escala de valores y sentar las bases irrenunciables del hombre desde una óptica intramundana. Fundamentar la realidad en niveles profundos del ser humano, sin recurrir a la divinidad, fue la tarea de Montalvo y la primera tentativa holística que se dio en el país por situar al hombre en un medio laico, trazando un programa de vida liberado de las tutelas eclesiológicas y dibujando una existencia dirigida hacia el desarrollo de las condiciones de los humanos gracias a la dedicación y sacrificio del mismo esfuerzo de las personas. La posición montalvina comprende, por lo mismo, no solo una propuesta política, sino también la esperanza de operar un cambio integral del ser humano, gracias a su potencial interior y a la riqueza de la subjetividad, capaz de superar los prejuicios, las concepciones tradicionales y aun a los gobiernos despóticos, por más poderosos que ellos pudiesen parecer. Por lo afirmado, Montalvo aparece como el más famoso creador de la cultura secular de su tiempo y aun de la que vino después. Por ejemplo, Jorge Carrera Andrade afirma: «Los libros de Montalvo fueron el fundamento de la emancipación espiritual del pueblo ecuatoriano. Juan Montalvo se presentó como un campeón de las libertades democráticas y enseñó el odio a los tiranos, el respeto a la dignidad del hombre y la tolerancia religiosa»⁹.

⁹ CARRIÓN, Benjamín. *El pensamiento vivo de Montalvo*. Buenos Aires: Losada, 1961, p. 29.

El análisis montalvino del conocimiento humano en el último capítulo del tomo I de *El Cosmopolita*, es una excelente muestra de esta tarea de fundamentación secular de un aspecto relevante de la realidad. Rodolfo Agoglia resume esta tarea así: «Montalvo distingue entre inteligencia y espíritu al que le llama conciencia. La manifestación más alta de esta conciencia es la razón, y por ella sobrepasamos el mundo empírico. La conciencia es la fuente de nuestra libertad y de nuestra elevación a los altos valores»¹⁰.

Para reforzar los valores supremos ínsitos a un humanismo secular, Montalvo procedió también a destapar, con la capacidad que le brindaba la maestría de su pluma, el cofre de vicios y deficiencias de un clero que había llegado al colmo de la disolución y la más bárbara ignorancia; el clero se convirtió, así, en uno de sus principales acusados. Su obra *Mercurial eclesiástica* fue el ejemplo más patético de su acusación. En esta obra condena los más grandes vicios y desvela las ambiciones y las pasiones y prácticas más desenfrenadas¹¹. Pero más grave que el engaño o el contenido ideológico y encubridor tanto de la teología vigente como de la religión tal como era practicada en aquel tiempo, era el cierre de puertas y rechazo que practicaba el clero contra los más mínimos elementos del progreso de la sociedad humana de dicho siglo. La lectura, las artes y las sociedades estaban prohibidas. En definitiva, lo que pedía Montalvo era un clero ilustrado, virtuoso y útil, no ignorante, perjudicial y lleno de vicios¹². Se trataba de la crítica propia de un cristianismo laico y quijotesco, opuesto a los mercaderes del templo y contrario a la pretensión ultramontana de situar a la Iglesia, dada su fuerza material y cultural, por encima del Estado, lo cual llevó a Montalvo a enfrentar al principal instrumento de consolidación ideológica de que dispuso: utilizó fríamente a la aristocracia terrateniente, no tanto por aspectos de dogma o de fe cuanto por las acciones y omisiones que cotidianamente ejecutaba.

La demoledora crítica montalvina amparada en la misma crisis del clero, admitida sin vacilaciones por progresistas y radicales, logró a la larga encontrar eco incluso en la misma jerarquía de la Iglesia, que terminó por considerar que la reforma del clero no era solo recomendable sino necesaria e impostergable.

Finalmente el cultivo de las virtudes humanas, entendidas como la práctica del alma de lo bello y grande, por encima de la maldad y egoísmo de los hombres, también sirvió a Montalvo para postular la tarea humana como la realización de una «vocación secular», que indudablemente exigía determinados grados de altruismo sin los cuales no era factible arrastrar las dificultades que tarde o temprano se hacen presentes al tratar de derribar tradiciones centenarias¹³.

¹⁰ Cf. AGOGLIA, R., ob. cit., pp. 50-51.

¹¹ Cf. MONTALVO, Juan. *Mercurial eclesiástica*. Latacunga: Cotopaxi, 1967, p. 26ss.

¹² Cf. ib. p. 9.

¹³ Cf. CARRIÓN, Benjamín, ob. cit., p. 29.

Montalvo, así, se convirtió en el alma quiijotesca, impulsada por el anhelo de enderezar entuertos, deshacer agravios y limpiar el mundo de pícaros y follones¹⁴. Este anhelo de heroicidad libertaria, idealismo romántico, que tanta importancia signó al mundo del espíritu y de los valores —libertad, progreso, moral, civilización—, sin embargo, cayó también en una trampa, que se explica en parte por la poca atención que prestó a las mediaciones materiales y a las estructuras sociales y económicas que tarde o temprano cierran el paso o afianzan las posibilidades de concreción de los ideales. Progreso, futuro y libertad se mencionan insistentemente en uno de los textos más interesantes del liberalismo en ascenso, publicado en *El Regenerador*. Las sociedades en América Latina durante el siglo XIX estaban ansiosas de que se terminen las distintas formas de opresión y reclamaban determinadas fórmulas de solución: libertad de pensamiento, separación de Iglesia y Estado, abolición del feudalismo, negación del trabajo inhumano, denuncia de las tiranías y gobiernos despóticos, ejercicio de los deberes sociales, progreso gradual, defensa de los derechos populares. Montalvo, en definitiva, supo integrar dialécticamente —tanto en su frase destructiva o crítica de la institucionalidad vigente como en su momento reconstructivo o de la elaboración de la alternativa que hacía falta al país— en su discurso la «topía», «lugar desde el que se partía» y la «u-topía», el «no-lugar» que se contraponía al primero y se orientaba hacia aquel.

3. Conclusión

El proyecto liberal de Juan Montalvo siempre se inspiró en el concepto de libertad. La libertad ha sido un valor que poco a poco hemos ido logrando. En pasos lentos, en grupos a lo mejor reducidos, la hemos conseguido y el trabajo sigue hacia el futuro. Por ello nos molestan a los latinoamericanos y ecuatorianos las imposiciones necias; por ello los gobiernos no han podido hacer lo que ellos han querido y por ello mismo algunos han caído; por eso los fundamentalistas fracasan.

La libertad de prensa y de conciencia, la libertad religiosa, la libertad política son valores queridos por todos. Desgraciadamente, aún no son gozados por muchos latinoamericanos aprisionados entre los barrotes de la corrupción, la miseria, la pobreza, el desempleo, la demagogia y las imposiciones del Fondo Monetario Internacional, que impiden la vivencia de toda libertad.

El liberalismo como doctrina ha sido capaz de inspirar acciones y gobiernos. Ha sido una gran lección histórica que debe servir de fundamento para las acciones futuras y para el desarrollo material y humano de los países latinoamericanos. El proyecto liberal estaba muy lejos de una corriente que está actualmente internacionalizada: el neoliberalismo. Este neoliberalismo es totalmente contrario a ese proyecto liberal montalvino, es nada más y nada menos que el culto al capital,

¹⁴ Cf. PALADINES, Carlos. *Sentido y trayectoria del pensamiento ecuatoriano*. Quito: Banco Central del Ecuador, 1990, p. 195.

que sacrifica al ser humano en su vida diaria. Es la privatización a ultranza que entrega la riqueza a unos pocos, mientras se mantiene reprimida toda práctica social.

Por lo tanto, es hora de recuperar al proyecto liberal de Montalvo en sus fuentes y raíces y que este sirva de paradigma para construir el edificio de una América Latina más unida. Ya es tiempo de que comience a brillar una nueva luz en el oscuro túnel de nuestros países latinoamericanos, un nuevo horizonte que la pluma y la palabra del «Caballero de la pluma» siga iluminando con signo de la libertad. Ya es tiempo de que su vida y su pensamiento representen una llama viva, donde los niños y los jóvenes refresquen sus almas e incrementen su ciencia. Con el mismo ideal de lucha de Juan Montalvo, quiero cerrar el telón de esta ponencia:

«Nací libre, por eso no gimo bajo el yugo de la servidumbre, y mi alma se encumbra por las regiones altas, al paso que mi cuerpo se contonea sin temor ni cadenas, ni mordazas».